

EL CAMINO ANALÓGICO DE MAURICIO BEUCHOT¹

JEAN GRONDIN
Universidad de Montréal

Resumen. El autor discute la propuesta de la hermenéutica analógica, elaborada por el filósofo mexicano Mauricio Beuchot. Apunta fundamentalmente al carácter unívoco de toda interpretación, y resiste la afirmación de Beuchot de que toda interpretación analógica tiene más de equívoco que de unívoco.

IMPOSIBLE DECIR LO QUE HAY QUE DECIR

Es imposible describir mi alegría, mi felicidad, por poder estar con ustedes en su ciudad, su “megaciudad”, en verdad tan llena de bellezas, y su universidad que es en sí misma una obra de arte. Hago alusión naturalmente al mural tan famoso de su biblioteca (no conozco, creo, otras universidades en el mundo que sean tan famosas por la obra de arte que regalaron al mundo). Sobre todo, tengo que destacar que su universidad encarna para mí un verdadero “Eldorado” de la hermenéutica: no conozco, en ningún otro sitio del mundo, una concentración tan fuerte, tan impresionante, de investigadores, tan varios además, en el marco de la hermenéutica, y, hoy día, mucho mejor que en otros países. No quiero enumerar los nombres de estos colegas, amigos o tal vez enemigos, porque tendría miedo de olvidar algunos. Pero es difícil no pensar en primer lugar en la obra del Profesor Mauricio Beuchot, uno de los maestros preclaros de la hermenéutica actual.

Pero es imposible describirlo también porque no puedo hablar castellano. No logro decir mucho en su idioma tan suave. Lo siento mucho. Sólo puedo

¹ Ponencia de Jean Grondin en la Mesa redonda “El lugar de la hermenéutica analógica en las hermenéuticas actuales”, en el aula magna de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, el 18 de octubre de 2007.

balbucear, tartamudear lo que tengo en el corazón. La tarea suya –¡porque tienen que trabajar!– es adivinar lo que tengo en el corazón. Eso es, fundamentalmente, hacer hermenéutica.

Pero es también imposible porque la alegría misma no se puede decir, aunque uno pudiese hablar castellano.

Sobre todo, es imposible porque no puedo describir en palabras bastante fuertes las razones por las cuales el trabajo de Mauricio Beuchot me parece tan vital. Eso lo deberé también balbucear.

FRESCURA Y TRADICIÓN

Hay, por lo menos, dos cosas que admiro muchísimo en él, a pesar de que pueden sonar contradictorias, pero la analogía de Mauricio Beuchot puede soportar la contradicción. Es, por un lado, su frescura única y, por otro, la fuerza de la tradición desde cual se desarrolla su pensamiento.

La frescura, en primer lugar. Cuando le leo, me digo siempre: ¡Qué fenomenólogo! ¡Qué pensamiento tan cerca de las cosas! En francés, inglés o alemán, no tenemos libros como los suyos, que hablan de hermenéutica y de filosofía en un estilo tan directo, tan sencillo (una cualidad), tan didáctico. Por eso me parece que es necesario hoy en día aprender castellano si uno quiere hacer hermenéutica. En mis países y lenguas –me considero, curiosamente, como formando parte de las esferas francesa, inglesa (como canadiense) y alemana (por mi formación) y de sus culturas– no hay nadie que hable de hermenéutica con una frescura semejante. Todo lo que Mauricio Beuchot nos enseña sobre hermenéutica es muy instructivo, tanto para el neófito como para el especialista (también eso es un milagro). Siempre aprendo muchísimo cuando leo a Mauricio Beuchot, sobre disciplinas que él conoce mucho mejor que yo: la semiótica y el pragmatismo, por ejemplo, pero también sobre los peligros del univocismo y del equivocismo, y sobre sus aporías. Según él, la mayoría de los hermeneutas son aún univocistas, o aún equivocistas. Mauricio Beuchot quiere enseñarnos a ver que, en ambos casos, se trataría de callejones sin salida. Y lo demuestra tanto al especialista como al debutante. Y lo que propone es un camino nuevo (¡lo que es raro y valioso en la filosofía, donde raramente hay algo nuevo bajo el sol!), la analogía, que merece toda nuestra atención y admiración.

La frescura de Mauricio Beuchot se destaca por su sentido pedagógico de las distinciones y de las sutilezas², para utilizar un término que le encanta, sutilezas que son esenciales para entender algo de la hermenéutica. Otorga así nueva actualidad a altas distinciones, olvidadas, como la de una herme-

² Inolvidable su alusión a la *sutileza* de la interpretación, a la cual alude Tomás de Aquino, al inicio de su Tratado de hermenéutica analógica (THA), México, Itaca, 1997, 2005, 3ª ed., p. 17.

néutica *utens* y *docens*, para distinguir la hermenéutica que se practica usualmente y la que se constituye en una doctrina teórica. Sus distinciones son, en todos los casos, luminosas y útiles. Pienso, por ejemplo, en su distinción de los tres tipos de autor, inspirada en Umberto Eco, otro admirador de la Edad Media: el autor empírico, el autor ideal y el autor liminal. El autor empírico es el que escribe sus textos, con sus faltas e incoherencias, el autor ideal está en lo que quería decir de manera coherente. Pero está también el autor “liminal” (¡no lo sabía!), “el que estuvo presente en el texto, pero con intenciones en parte inconscientes”³. ¡Estupendo! Pero no es todo: Mauricio Beuchot introduce, por su parte, una distinción entre el “lector” empírico, el lector ideal y el lector liminal (¡espero que tenga también oyentes empíricos, ideales y liminales!).

Pero cuando habla con tanta frescura de la hermenéutica, lo hace con el peso impresionante de toda una tradición, y con un peso que no tiene nada de pesado, o de pedante. Se debería hablar aquí de las tradiciones, porque hay muchísimas, que Mauricio Beuchot domina: la de la hermenéutica, naturalmente, pero también la de la filosofía pragmatista (conoce muy bien a Peirce), la semiótica (Umberto Eco es una gran inspiración suya), la filosofía analítica (habla de Russell como de Wittgenstein o Ryle), y también la escolástica. Y su escolástica me gusta mucho, quizás porque reconozco en ella una parte de mi formación.

Saludo en él con palpitación a un hermeneuta innovador que no se contenta con la tradición hermenéutica clásica y que nos ayuda a abrir las fronteras de la hermenéutica a otras disciplinas que tratan del lenguaje. Eso nos permite sacar a la luz los problemas de la interpretación y comunicarlos a los representantes de otras tradiciones.

Su obra ha sido justamente considerada como “la mayor aportación a la filosofía mexicana en el siglo XX”⁴, y es un gozo para mí ver que disfruta de tanto éxito en México como en el mundo⁵.

UNA HERMENÉUTICA CON PECHO METAFÍSICO: ¡POR FIN!

Pero la fuerza más grande de su hermenéutica consiste para mí en el hecho de que Mauricio Beuchot logra conjuntar la hermenéutica con la metafísica, según lo que ha encontrado en la Edad Media: “El medieval nos enseña a compaginar los dos: sólo se puede hacer metafísica a condición de interpretar, y sólo se puede interpretar a condición de hacer metafísica, de reconocer

³ THA, p. 29.

⁴ Luis ÁLVAREZ COLÍN, *El universo simbólico de la familia. Un estudio de Psicología Hermenéutica*, México, Editorial Ducere, 2003, p. 12.

⁵ Sobre la vitalidad estupenda de la hermenéutica analógica y su recepción, véase Napoleón Conde Gaxiola, *El movimiento de la hermenéutica analógica*, México, Primero Editores, 2006, con una bibliografía extensa.

las cosas”⁶. En eso, nuestra solidaridad es total, y muy preciosa para mi trabajo. Admiro y comparto su lucha contra el subjetivismo y su resistencia al equivocismo extremo del postmodernismo y del nihilismo ambiente.

Me parece importantísima su pugna contra la visión “luciferina” de la metafísica, que la hace responsable de todos los males del mundo, especialmente los de la filosofía. ¡Hay autores como Gianni Vattimo (después de Derrida) que identifican la metafísica con la violencia! Mauricio Beuchot subraya con sutileza extrema que esa identificación es ya violenta⁷. Y se vuelve sencillamente perversa cuando pretende que la metafísica conduce a Auschwitz⁸. ¡Por Dios! Se trata de una lectura que encuentro casi criminal, que brota de una ignorancia crasa de su objeto. Si la metafísica fuera una persona, podría perseguir jurídicamente a la gente que la acusa de esta manera. ¿Qué es la metafísica sino una tentativa de meditar sobre el ser y de entender algo sus razones?⁹ ¿Y qué hay de violento en eso? ¿Quizás hay violencia en la tentativa de pensar el Ser? Bueno: ¿qué otra cosa debemos pensar? ¿Qué otro Ser? ¿O tal vez hay “violencia” en la tentativa de pensar con conceptos universales? ¡Por favor! Cada concepto es universal, aunque sea el del singular. El odio del pensamiento universal se vuelve aquí en el odio del pensamiento *tout court*.

Otros pretenden, a menudo, que la metafísica ignora la “alteridad”. Por lo que sé, la alteridad es una noción metafísica, de cual hablaron Platón, en su *Sofista*, Aristóteles, en su *Metafísica*, por no decir nada de Hegel y su *Lógica* o de Lévinas (con su sentido tan positivo de la metafísica, sobre todo en *Totalidad e infinito*). Cuando se dice que la metafísica es “enemiga” de la alteridad, se supone que la alteridad es siempre una buena cosa. ¿Pero es verdad? La alteridad del bueno es el malo, la alteridad de la paz es la guerra, y no se las aconsejo a nadie. La alteridad *a se* –sin especificación– me parece demasiado vaga. Pero es seguro que la metafísica no ignora lo que es. ¡Claro que hay alteridad! Pero la buena pregunta es: ¿qué alteridad?

¿Hay quizás “violencia” en la búsqueda de las razones de las cosas? Bueno: conocer una cosa, dice la filosofía (de Aristóteles o de Leibniz) es conocer sus causas. Si eso es metafísica, digo: *vive la métaphysique!* Es que no se puede pensar, ni argumentar, sin razones (que son también las del corazón, como lo sabía Pascal).

⁶ Mauricio BEUCHOT, *Hermenéutica, analogía y símbolo*, Barcelona, Herder, 2004, p. 72. Véase también p. 73: «La pura ontologicidad, el ideal de la referencia pura, no nos da un mundo humano; y la pura hermeneuticidad, el ideal del sentido puro, nos da un humano sin mundo». La segunda parte de la frase es la que me parece más rica y demasiado olvidada en nuestro tiempo.

⁷ THA, p. 105.

⁸ THA, p. 104.

⁹ Véase mi *Introducción a la metafísica*, Barcelona, Herder, 2006.

Y si alguien estima que esa búsqueda de racionalidad es algo malo, condenable, es que posee una *mejor* manera de ver las cosas. Eso quiere decir que tiene una metafísica más contundente. Y seguramente tendrá razones para decirlo (Heidegger, por ejemplo, habla de una superación de la metafísica, pero tiene buenas razones para decirlo, y una concepción muy especial, y también muy respetable, de la metafísica). Pero no se puede superar a la metafísica sin razones.

La contribución inestimable de Mauricio Beuchot a nuestros debates se coloca en su sentido tan seguro de la metafísica. Se trata de una aportación magistral. Aquí su obra me parece una verdadera luz en la oscuridad hermenéutica postmoderna. Naturalmente, no es una sorpresa verlo insistir sobre el papel de la analogía en la metafísica. Lo que sobresale aquí es su sentido del universal que aflora en el particular, un sentido muy precioso en una edad que celebra lo fragmentario y lo particular. Nos permite ver que las ciencias humanas tratan de “ver el todo en el fragmento”, para vislumbrar la totalidad de la experiencia humana¹⁰. Las ciencias humanas nos ayudan así a elevar la mirada sobre el mundo y el ser humano. Se trata de una visión al mismo tiempo rigurosa y generosa de las ciencias humanas, que da sentido a todo nuestro trabajo.

Pero... Es que hay un pero: me doy cuenta, desgraciadamente, que hablar de esta solidaridad nuestra, tan abarcadora, de nuestros muchos acuerdos esenciales no brinda una base ideal para iniciar un diálogo, porque yo no sabría de qué tendríamos que discutir. La discusión presupone la diferencia de puntos de vista, y por eso voy a discutir un aspecto, quizás el único, donde tal vez poseemos concepciones divergentes.

LOS DOS CAMINOS APORÉTICOS DEL UNIVOCISMO Y DEL EQUIVOCISMO

La tesis más original de la hermenéutica de Mauricio Beuchot consiste en la idea que los caminos clásicos de la hermenéutica, los que privilegian un sentido unívoco o una multiplicidad equivocista, desembocan en aporías. En el primer caso, el del univocismo, no necesitamos, según él, una hermenéutica, porque todo estaría claro, no habría polisemia. En el segundo, el del equivocismo radical, no necesitaríamos tampoco una hermenéutica, porque con el “*anything goes*” no hay ninguna manera correcta de interpretar. Como lo dice, muy acertadamente, Mauricio Beuchot, “el univocismo es un monolitismo, y el equivocismo es un *univocismo atomizado*, un monolitismo roto en fragmentos igualmente monolíticos, en un archipiélago”¹¹.

Es de esta manera como resume el problema de la hermenéutica actual: hay los que pretenden que hay un sentido único, el de la *mens auctoris* por

¹⁰ *Hermenéutica, analogía y símbolo*, p. 182.

¹¹ *THA*, p. 43.

ejemplo (Betti, Hirsch), y los que celebran el equivocismo, la “deriva” constante del sentido, su historiedad (Vattimo, Rorty, Derrida). La última hermenéutica resulta muy nihilista, no hay un sentido único, o –¡peor!– no hay del todo ningún sentido *in se*. Es la constelación postmoderna, que tendrá también sus representantes en México, una metrópoli desde siempre tan vanguardista.

Aquí, Mauricio Beuchot dice que hay que elegir un tercer camino. Esa declaración recuerda la afirmación de Kant, al final de su *Critica de la razón pura*, donde sostiene que el dogmatismo y el escepticismo son caminos impracticables y que sólo queda el camino crítico, el suyo, el que Kant propone a los filósofos: “¡solo el camino critico queda abierto!” Lo que Mauricio Beuchot dice, con más modestia, por supuesto, es que “¡sólo el camino analógico queda abierto!” Hay que destacar la originalidad indiscutible de esa propuesta. Mauricio Beuchot es el único que lo sostiene, que intuye dónde reside la solución a los problemas de la hermenéutica. Nada quiero más que ser convencido por él.

¿POR QUÉ DECIR QUE LA ANALOGÍA ESTÁ MÁS CERCA DEL EQUIVOCISMO?

¿En que consiste la analogía? Puede ser muchas cosas, como nos lo enseña el profesor Beuchot: desde una forma de discurso hasta una teoría metafísica del mundo, como en la escolástica, o una solución al problema de la polisemia del Ser (la problemática clásica del *pros hen*).

Conocemos todos la analogía como una forma de discurso, cuando uno dice, por ejemplo, y el ejemplo no es de Mauricio Beuchot, sino de Aristóteles: “el prado y el hombre ríen”. Es claro que el prado no ríe en el mismo sentido que el hombre, pero hay analogía. Aquí hay un sentido propio (el del hombre) y un sentido figurativo (el del prado). Veo la analogía en el discurso, pero debo confesar –es nuestra única diferencia– que no la veo tanto en la interpretación misma. Me parece que los dos sentidos, propio y figurativo, son unívocos. En otras palabras, se puede ofrecer una interpretación clara, o unívoca (*una voce*), de lo que significan.

Mauricio Beuchot sostiene que la hermenéutica analógica estaría más cerca de la equivocidad que de la univocidad. Por mi parte, no estoy tan seguro de eso. En nuestro ejemplo de analogía, como forma de discurso, hay sentidos que yo no vacilaría en llamar unívocos, el sentido propio, el del hombre, y el figurativo, del prado. En ambos casos se puede hablar de sentidos que no tienen nada de equívoco. Mi primera pregunta sería entonces: ¿por qué no decir que la analogía queda más cerca de la univocidad? De eso brota mi segunda pregunta: ¿por qué no reconocer que la interpretación de una analogía puede, tal vez debe, ser unívoca? Lo que entiendo bien es que una *expresión* puede ser “analógica”, eso sí: “el prado y el hombre ríen”, “el león es el rey de la jungla o de la selva”, etc.

Veo muy bien lo que seduce a Mauricio Beuchot en la diversidad que abarca la analogía como manifestación del sentido: en la analogía como forma de discurso hay lo *semejante* y lo *diverso*, lo que él llama lo unívoco y lo equívoco, que constituyen problemas tan inmensos para la hermenéutica de hoy. Mauricio Beuchot insiste siempre en el hecho de que *predominaría* la diferencia (a mi parecer una “concesión” a la hegemonía de la hermenéutica pluralista del postmodernismo, pero que no me parece necesaria). Se ve en la forma de discurso: “el prado y el hombre ríen”. Hay naturalmente algo de *común*, el “reír”, la belleza, la frescura, la naturaleza libre, pero predomina la diferencia, “ontológica” si uno quiere: un prado no es un hombre. Eso es claro, como el hecho de que un león en la selva no es un “rey” en el sentido político.

LA INTERPRETACIÓN DE LA ANALOGÍA PUEDE MUY BIEN SER UNÍVOCA: EL EJEMPLO DEL “DIÁLOGO DE LOS DOCE”

Pero me pregunto si la *hermenéutica* de esas expresiones debe ser, en sí misma, “analógica”. En otras palabras: imagino muy bien que se puede desarrollar una interpretación univocista de cualquier analogía que sea. Mas aún: que este tipo de interpretación queda como el *télos* regulativo de la hermenéutica. Lo que es seductor aquí es la intuición de una *vía media* entre el equivocismo radical y el univocismo aparentemente fatal. Pero la analogía no tiene que ver aquí con las expresiones que uno interpreta, y mucho menos con la interpretación misma (por lo menos, lo espero).

Llego a una tercera pregunta: ¿En qué sentido preciso se puede hablar de una “interpretación analógica”? Hay ejemplos de ella en las obras de Mauricio Beuchot. En su *Tratado de hermenéutica analógica* discute por ejemplo la tarea de interpretar el “Diálogo de los doce *Tlamatinimes*”. Se trata, como los mexicanos saben mucho mejor que yo, de un texto que relata un diálogo que llevaron a cabo los misioneros españoles con algunos jefes indígenas, después de la conquista. Aquí, Mauricio Beuchot dice que una actitud “univocista” (1) nos inclinaría a leer este texto como una relación de hechos actuales a quienes se refiere. Una actitud más “equivocista” (2) “nos inclinaría –al revés– a desatender la referencialidad, para buscar sólo el sentido que pudo tener para aquellos que estuvieron involucrados en esa acción o evento”¹². Por su parte, la “actitud analogista” (3) nos llevaría a tratar de involucrar “ambas cosas, referencia y sentido, y aun a dar predominio a este último”¹³.

Aquí me pregunto si se trata de perspectivas tan distintas, en otras palabras, si hay que hablar de una “interpretación analogista” distinta. Por una parte, me parece que nunca se puede rechazar la referencia como tal. Siempre forma parte de lo que entendemos, dado que lo que entendemos sea algo que

¹² THA, p. 56.

¹³ Ibid.

es, el Ser. Esta referencia será seguramente diferente según se trate de una narración ficticia o no. Pero, en último término, no importa tanto si un texto tiene referencia ficticia o no, porque también la ficción se refiere, a su manera, a una experiencia del mundo (la que la interpretación debe poner a la luz). Por supuesto, el "Diálogo de los doce" no lleva la transposición mecánica de una conversación efectiva. Eso es claro, pero eso lo sabe también la "lectura univocista", aquella que trata de saber de qué cosa se trata en este diálogo. Por lo menos, lo supongo. Una interpretación que tomara un texto ficticio como una grabación viva no sería una interpretación muy seria.

¿En qué consiste la diferencia entre una interpretación equivocista y analógica entonces? La actitud "equivocista", se dice, "desatiende" la referencia y se focaliza sobre el sentido. ¿Desatender la referencia? ¿Eso se puede? No lo creo, y por una razón obvia: si se "desatiende" la referencia (tal o cual, digamos la realidad del diálogo), es siempre para atender a *otra cosa*, entonces a *otra referencia*, la que interesa al autor o al intérprete, pero nunca se puede rechazar la referencia si uno quiere hablar de algo. Entonces, una interpretación que desatienda la referencia me parece imposible, y seguramente inútil. ¿Sería una interpretación que se contentaría con el juego infinito de los signos? Eso es un juego que me parece estéril y al que nadie juega verdaderamente.

¿Brinda la interpretación analogista un camino que sería del todo diferente? Mauricio Beuchot dice que esta interpretación involucrará referencia y sentido, y "aun dará predominio a este último"¹⁴. Estoy de acuerdo en subrayar que una interpretación como tal debe siempre involucrar ambos, el sentido y la referencia, eso es lo que significa un texto y a qué cosa se refiere. Mauricio Beuchot dice que tenemos que interpretar la objetividad del texto que interpretamos y ver si se refiere a un hecho o no. Por supuesto que tenemos que hacerlo, pero este tipo de investigación presupone una interpretación univocista, sea solamente como *telos* o ideal regulativo. Por lo que concierne al "sentido", dice que debemos distinguir entre la perspectiva de los "sacerdotes aztecas" y la de los "sacerdotes españoles". ¡Por supuesto! Ya sabemos que el texto posee una perspectiva (evidentemente la de los sacerdotes españoles). Y dado el hecho de que los conquistadores hicieron tanto daño a la religión y a la población azteca, es evidentiísimo que los aztecas tenían "otra" perspectiva, por decirlo con *understatement*.

Pero lo que quiero destacar aquí es que una interpretación de la perspectiva de los españoles, *al igual que la de los aztecas* puede (e idealmente *debe*) ser "univocista". Seguramente los españoles tenían intenciones cuando escribieron este texto, y a una interpretación honrada le toca sacarlas a la luz. ¿Se puede decir que eso es prerrogativa particular de una interpretación "analogista"? Sí, se puede, pero si eso es verdad, la interpretación "analogista" es como la prosa de Monsieur Jourdain, un lenguaje que hablo desde siempre,

¹⁴ Ibid.

pero sin saberlo. Con todo, creo que se trata de la tarea elemental de una interpretación: tratar de entender lo que un texto significa, lo que encierra (lo que llamo su palabra interior¹⁵). Y aquí, quizás a diferencia de Mauricio Beuchot, diría que el presupuesto fundamental es que se apunta a una interpretación “univocista”. Por eso, no entiendo una interpretación exhaustiva (eso no lo hay, o raramente), definitiva, sino una interpretación que verdaderamente quiere entender lo que un texto significa, por ejemplo, lo que un autor quiere decir. Así, una interpretación de la “revolución copernicana” de Kant tratará de buscar lo que significa, el sentido de la comparación con Copérnico. Y querrá ser clara (eso se puede entender bajo la palabra “univocista”: que el lenguaje que utilizamos sea claro, o más o menos, porque estoy ya hablando en un castellano que no es del todo claro...). Eso no excluye que haya *otras* interpretaciones bajo otros respectos; pero, si una interpretación de un texto es correcta, excluye que aquellas la contradigan (dos interpretaciones contradictorias no pueden ser válidas bajo el mismo respecto: así se puede formular el principio de contradicción de la hermenéutica).

Si hay otras interpretaciones, es que hay otras *perspectivas*, esto es, otros *ángulos* posibles y legítimos. Una cosa, como un texto, se puede ver desde muchos puntos de vista (se puede decir que todas las ciencias son ángulos diferentes sobre la misma cosa: así, la antropología, la sociología, la biología, la medicina, la filosofía, etc., son ángulos sobre el hombre, muy diferentes, pero complementarios). Uno puede interpretar la “revolución copernicana” según su carácter histórico, según su papel en la *Critica de la razón pura*, o en la obra entera de Kant, según su posteridad (o *Wirkungsgeschichte*), la psicología de Kant, etc. Muchos ángulos son legítimos y no hay ninguna razón *a priori* para excluir ninguno. Pero decir que hay muchos ángulos no es decir que hay un feliz “equivocismo” que la hermenéutica debería favorecer porque la interpretación “univocista” quedaría demasiado “rígida”, con su idea de una sola interpretación válida para toda la eternidad. Eso no es a lo que apunta una interpretación “univocista”: ella sólo quiere ser clara (condición mínima), corresponder a su objeto (*adaequatio interpretationis et rei*) y, naturalmente, poder establecerlo (con pruebas textuales o contextuales). Esa interpretación se puede entonces invalidar y siempre matizar (con pruebas más contundentes y una contextualización más lograda, más justa).

Respecto de la interpretación “equivocista”, que dice que hay una infinidad de interpretaciones incommensurables (*anything goes*), Mauricio Beuchot tiene razón cuando dice que éstas no se pueden validar y que malentienden del todo lo que es una interpretación. Alguien que dijera “estoy presentando una interpretación sin pretensión de validez” no tendría idea alguna de lo que está haciendo.

Respecto de la interpretación “analogista”, me da un poquito de miedo cuando Mauricio Beuchot sostiene que está más cerca del equivocismo que

¹⁵ Véase mi *Introducción a la hermenéutica filosófica*, Barcelona, Herder, 1999.

del univocismo. Claro, si quiere decir que no hay ninguna interpretación definitiva, exhaustiva, tiene algo de razón. Un poquito, porque una interpretación definitiva es seguramente posible en algunos casos: ¿cuál es la referencia exacta de esta persona, esta cita, esta alusión, o esta batalla en tal texto? A menudo se puede establecer con certeza. Un buen ejemplo aquí son los famosos casos de "paternidad". Tradicionalmente era una cosa de "interpretación", pero con el ADN hoy día, una paternidad se puede establecer con gran y total seguridad, poniendo término a muchos debates hermenéuticos. Eso es también posible respecto de la autenticidad, la datación o la identificación de un texto, tal vez también de su sentido. El ideal queda como una interpretación acerca lo que quiere decir un texto idealmente en modo unívoco (su *Bedeutsamkeit*, o "relevancia actual", como lo decía Betti, es otra cosa).

LA VIDA SE VIVE EN SU MAYOR PARTE EN LA UNIVOCIDAD, O DEL BUEN USO DE LA EQUIVOCIDAD

El mejor ejemplo viene aquí de la conversación usual entre nosotros y del uso cotidiano del lenguaje. La presuposición esencial del discurso me parece la del univocismo. Doy un ejemplo muy banal de eso: alguien se despierta por la mañana y lee su periódico. Las noticias que va a leer, las toma en sentido unívoco: dos personas murieron en un accidente de coche, tal partido ha ganado las elecciones en tal país, tal persona murió o nació este día, un terremoto ocurrió en esta región, su equipo de fútbol ha ganado 3-0, un canadiense va a dar una conferencia a la universidad, etc. Aquí todo es en su mayor parte unívoco.

Los ejemplos de algunos filósofos, naturalmente, son otros. Gustarán de citar textos sutiles de poesía, Mallarmé o Joyce, por ejemplo, o textos muy difíciles de filosofía, que representan un desafío al entendimiento. De ellos sacan la tesis de que el sentido nunca puede ser unívoco. Pero son ejemplos extremos, que presuponen a su manera el univocismo: el juego con las palabras supone efectivamente que se entremezclan muchos sentidos *unívocos*.

La aparición del equivocismo viene posiblemente de la deformación de perspectiva que induce la existencia del diccionario que consigna las distintas significaciones de una palabra. Hay muchísimas palabras en el diccionario que parecen llevar sentidos tan diferentes (mi ejemplo preferido en su idioma es el verbo "echar" que lleva tantos sentidos que nunca estoy seguro de entenderlo bien). Se olvida que los diccionarios son invenciones tardías en la existencia de un idioma, que tratan de compilar la diversidad que se puede formular con una palabra aislada. Pero en su uso actual, el uso de esas palabras "equivocas" resulta unívoco cuando se entiende y se considera el contexto: así, si el verbo "echar" suena muy ambiguo para mis oídos, el mexicano o el español no notará la multiplicidad del sentido en formulaciones, en sí mismas unívocas, como "echar de menos", "echar a broma", "echar mano a", etc.

Eso no quiere decir que no haya equívoco. Seguro que lo hay. Forma parte de la sal de la vida. Es esencial al humor, por ejemplo, sin el cual nuestra vida no sería muy humana. Hay por lo menos dos maneras de ver el equívoco, según se considere como una buena cosa o una mala. El equívoco es indispensable en el humor, en la poesía, en el discurso sugestivo o evocativo, en la parte del discurso humano que encierra la alusión indirecta (¡cuando una chica invita a un chico a tomar un café con ella, éste espera que el café tendrá algo de equívoco!). Pero hay un equívoco menos feliz, que encontramos en una formulación demasiado vaga, en un trabajo mal hecho, que puede ser el nuestro: ¿cuántas veces corregimos nuestras expresiones, o las de nuestros estudiantes, porque son equívocas? El presupuesto de esta corrección es que el lenguaje puede apuntar a lo unívoco. Me parece igualmente evidente que las interpretaciones equivocistas y analógicas lo presuponen también.

Pero esto no es todo: cuando alguien dice que un texto es "equívoco", estoy seguro de que habla del equívoco (diciendo "este texto es equívoco") en modo muy unívoco. Una interpretación que sería en sí misma "equívoca", si no quiere con eso ser sugestiva o evocativa, está en su mayor parte mal formulada o mal hecha —¡seguramente que eso se da!—, pero no me parece deseable. ¿Hay una interpretación que en sí misma se podría llamar "analógica"? Puede ser, pero si esta interpretación es analógica, invita a una lectura de ella que se debe hacer, idealmente, en modo unívoco. Es lo que estoy tratando de hacer aquí con la analogía, tan rica, de la obra, en pleno desarrollo, de Mauricio Beuchot, de quien seguiré aprendiendo mucho.